

Augusto Iglesias

# El Goethe de mi otoño

(continuación)

EL HOMBRE, HOMBRE



GOETHE aspiró siempre a realizar en la vida la totalidad de su ser; quiso (y no desperdió nunca la oportunidad de hacerlo), cumplir su destino de hombre comportándose íntegramente como *un hombre*. Fué por lo tanto, un espíritu amplio, con pocos dogales, libre dentro de una instintividad determinada para lo bello.

Morfológicamente, la evolución de la especie humana aparece detenida en lo que es, como cualquiera otra especie del reino animal, pero no así su proceso intelectual. La múltiple incorporación de valores de que es capaz el cerebro del hombre, le ha dado a su historia un nuevo plan; este «nuevo plan» es el que facilita su constante superación por medio de la perfectibilidad psicológica que ha sido capaz de adquirir, a través de los milenios, al tomar un rumbo distinto, desde el punto de vista de la inteligencia, al de todas

las otras formas vivas cuya escala integra. En este sentido, Goethe es un hombre superior y se asienta en las alturas en que colocamos a los genios. Pero ni esa superioridad lo deshumaniza haciéndolo encastillar su vida con pensamientos abstractos, ni el ardor que él mismo pone a sus ansias de comprender, le impiden volverse, con ánimo resuelto, a la práctica de la poderosa animalidad que lo sacude con sus fuerzas oscuras. El quiere ser un hombre feliz: alegre en el mundo que lo rodea, y, por lo tanto, alegre en su espíritu. «La alegría (*Freudigkeit*)—escribe en su plenitud—es la madre de todas las virtudes».

Sin embargo, esta alegría es la que determina en sus primeras instintividades pasionales el choque con «el mundo» en el cual se desarrolla.

No pudo ser de otro modo. Un hombre libre es un *amoral* en la exacta etimología del término. Y Goethe es un amoral; es decir, un individuo que no siente ni cumple las costumbres reguladoras impuestas a sus miembros por la sociedad en que él vive.

Pero aquí debemos explicarnos; Goethe no trata nunca de violar las costumbres que lo enmarcan, porque no es un inadapto social, un *rebelde* en el sentido sociográfico del término. Al contrario; sus pulmones, en la atmósfera que respira, se llenan de entusiasmo vital sin pedirle, al parecer, nada más al limitado ordenamiento burgués en que discurre su juventud. Su desinterés por el *pacto social*, como habría dicho el romanticismo «rousseano» de la época, ahinca en la línea arbitraria con que él divide, para su espíritu, lo que considera perinclinado y antinatural en las costumbres alemanas del siglo XVIII, de lo que, con criterio pagano, juzga imprescindible defender por considerarlo básico para una más espontánea y

gozosa ordenación del mundo. Según el entendimiento del joven Goethe—«spinocista» titular por clasificación impropia—la sociedad sólo puede perfeccionarse en su desarrollo mientras más se acerque a la fuente prístina de la Naturaleza; pero la Naturaleza que él ama—entiéndase esto bien—no es la integral, la que cumple en su totalidad el plan del Universo-Mundo, con luces y sombras, con llantos y risas, con duelos y regocijos. No; la suya es la única que puede aceptar su biología de supremo goloso: la que eufórica, amorosamente, lo satisface en sus sueños de exaltador de los instintos, de apasionado *quarens quem devoret*. En su *Pilgers Morgenlied*, escrita en 1772 (1), traduce este sentir con elocuente sencillez. Oídle: «¡Cierzo, zumba cuanto quieras; haz que se agiten tus lenguas serpentinas en torno a mi cabeza, pues no me importa tu ira!... ¡Oh tú, omnipotente amor! ¡Vivo estás dentro de mi pecho, y con el calor que en él enciendes me permites que encare todos los riesgos y, sin miedo, ofrezca mi frente al duro cierzo! Debilitábase mis fuerzas y antes de tiempo tornábase mustio mi corazón, cuando tú me infundiste la savia de una vida nueva, y un nuevo valor y un sabor nuevo en este paladeo de las dichas terrenas!»

Por lo que acabamos de decir, es que a Goethe se le considera siempre una expresión moderna de la pagana sensibilidad de los griegos.

Mas, Pretérito, Presente y Futuro no son simples clasificaciones para el uso de los estudiosos de la gramática aplicada a la Historia; van más lejos, tienen

(1) Esta poesía, dedicada «a Lili», fué escrita por Goethe para Luisa Ziegler, pasajero aunque vehemente amorío de su juventud.

raíces más profundas: son verdades psicológicas que se adentran en la médula del ser y tórnanse a la postre, a medida que en el matraz de los años se clarifican las ideas, en sustento y orientación del espíritu. Hay, a veces, en rededor nuestro un «pasado» tan solícito y rico en ofrendas, que el Presente gramatical o el Futuro mismo, con toda su carga de promesas y perspectivas, no logra desplazar. En tales casos, la apariencia objetiva de lo contemporáneo o de la oferta del mañana, se disloca de su centro de gravedad para dar paso al... «pasado» y brindarle, nuevamente, «actualidad» en nuestro espíritu.

Hay, pues, coetáneo al *Presente* de la cronología, un *Pasado actual*; pasado tan nutrido de realidad y presencia física que en ocasiones resulta mucho más presente que el Presente de Indicativo de los gramáticos...

Ahora bien, el «Presente» de Goethe—en la medida ilusoria de sus sueños—estaba en el Pasado...

Gaspar, su padre, viajó de joven por Italia. Desde su vuelta nunca dejó de hablar de la Península mil veces rediviva. El niño Goethe crece, pues, oyendo las frases de admiración que sobre la libertad y el arte italianos emite en las charlas familiares su adusto progenitor. Y el ensueño no tarda en imponerse al mundo inmediato que cierra su horizonte germano en vías de prusianizarse. ¡Roma! ¡Grecia! He aquí las palabras mágicas que ahora circundan su palacio interior. El paganismo greco-latino con el prestigio de su espíritu irradiante, donde lo firme y duro de los conceptos no alcanza a romper la armoniosa fragilidad humana de sus mitos, eternizados, al mismo tiempo, en la expresión unánime del Arte Clásico, lo subyuga por la perspectiva que los siglos ponen en las luces del entendimiento para medir lo bello. Ni Grecia, ni Ro-

ma tuvieron nunca el encanto de esa gloria nutricia que dan sus símbolos y su *dialelogomai*, saboreados más con la ayuda de la imaginación creadora que con el juicio discriminatorio de la crítica documental.

Para el joven Goethe lo importante es lo romancesco del mito, no la anatomía de las formas. De muchacho, siguiendo el sortilegio de estas ideas, quiso instituir un culto particular, homenaje a la Naturaleza soberana. Pero aun aquí, en el ámbito de su propia liturgia, la realidad de su artificio desmorona el invento de su fantasía y lo hace sonreír irónico. En el altar de la nueva religión, los productos de la Naturaleza debían representar el mundo en parábolas, y sobre ellos había de arder una llama, significando con esto el espíritu del hombre, que pugna por alzarse lleno de nostalgia hasta su creador. Para ello, Goethe busca en una colección de minerales los trozos de mejor calidad. Hay un obstáculo, sin embargo; ¿cómo los va a yuxtaponer y estructurar?

«Tenía mi padre—nos responde él mismo—un bello atril de música, de laca encarnada y floreado de oro, en forma de una pirámide de cuatro caras, con diversas gradas, que se estimó muy cómoda para los cuartetos, aunque últimamente ya apenas si se la utilizaba. Pues de ella me apoderé y allí fui poniendo gradualmente unos encima de otros los delegados de la Naturaleza, de suerte que ofrecían un aspecto bastante agradable al par que significativo. Ahora ya quedó señalada para una salida de sol la celebración del primer rito; sólo que el joven sacerdote no estaba de acuerdo consigo mismo respecto al modo cómo había de producirse una llama que al mismo tiempo exhalase un buen olor.

«Finalmente, ocurrióseme una idea para unir ambas cosas, pues tenía unas velitas de olor que, aunque no hacían llamas, difundían la más grata fragancia al consumirse. Y hasta ese suave arder y quemarse parecía expresar mejor lo que en las almas ocurre que no una franca llamarada. Hacía ya mucho que saliera el sol por sobre los tejados. En el acto cogí una lente y procedí a prender fuego a las cerillas que a prevención pusiera en lo más alto de todo en una linda fuente de porcelana. Salióme todo a medida de mis deseos y consumóse el rito. Quedó el altar como especial ornato de la habitación que en la nueva casa le asignaran. Nadie veía en él sino una colección de minerales, muy bien colocada con mucho arte; pero yo sabía lo que callaba. Suspiraba por la repetición del rito. Por desgracia, al salir el sol, aquella segunda vez no tuve la fuente de porcelana a la mano; pues las velitas inmediatamente sobre la superficie superior del pupitre encendiéronse, y la devoción era tan grande que no se percató el sacerdote de los estragos que su ofrenda estaba haciendo, hasta que ya el mal era irremediable, pues las velitas habían ardido sobre la laca roja y las doradas flores por modo lamentable, y cual si un mal espíritu hubiera desaparecido, dejando señaladas allí sus negras indelebles huellas. Al ver aquello, cayó el joven sacerdote en la mayor perplejidad. Desde luego que acertó a tapar los desperfectos con los ejemplares más grandes, pero se le quitó ya en adelante el gusto para nuevas ofrendas, y casi estuvo tentado a considerar aquel azar como aviso advertencia de lo peligroso que es, en general, pretender acercarse a Dios por semejante vías».

En la anécdota anterior se repliega palpitante un

problema de los más sugeridores de la historia humana: el que determina el duelo perpetuo de la Poesía y la Realidad.

«El paisaje—escribe Amiel—es un estado de ánimo». «El Arte—anota Emilio Zola—es la vida vista al través de un temperamento».

¿Por qué el *paisaje*? ¿Por qué el Arte? ¡Pequeña limitación! El universo entero con su simbolismo y su estructura auestas, no es otra cosa que la Vida interpretada a través de nuestra psiquis; no es sino un cuadro mirado con los ojos de nuestros cambiantes, diversos estados de alma.

Cuando a la zaga de la ruta antes caminada por su padre, Goethe viaja a Italia, debe haber sentido, al par que las vibraciones de su poderoso temperamento de bebedor de buen vino, el tremendo «shock» que inevitablemente trae el intento de incorporar el ensueño a la fugitiva realidad. Porque el Pasado de un poeta, no es el Pasado de la Historia; sino—insistimos—el propio, el creado por la fantasía artística, el cual, en sus afanes de propugnar la belleza perfecta, distánciase de cualquiera intrusión prosaica y se hace permanente en el tiempo, es decir normativo, *clásico*.

El horror del «no-ser» estriba en la medida en que el hombre se deje seducir por las creaciones de su fantasía para ponerlas en evidente conflicto con las limitaciones de su instinto. Podremos evadirnos por medio de la ilusión de la cárcel biológica, pero al iniciar la peligrosa fuga, los fantasmas que el miedo ha concebido nos cegarán en pleno vuelo con una niebla fina. La libertad posible de Luzbel, para conocer el misterio de lo infinito, la marcó Dios; de ahí que cuando el Angel quiso, rebelde, sobrepasar su propia medida libertaria, el Creador le dió por castigo las tinieblas.

Desde los años de su incipiente madurez, las lecciones de la leyenda satánica no se apartan nunca del espíritu de Goethe. Quiere buscar la libertad de Italia, y pronto se convence—sin amargura—que solamente la suya, la íntima, es la única libertad que podrá conseguir en este mundo, y que es parva, por limitada, para darla a los que la han menester. «Rara vez—anota en uno de sus cuadernos—nos satisfacemos a nosotros mismos; por lo que resulta todavía más difícil satisfacer a los demás».

Es necesario subrayar que Goethe redujo, de inmediato, sus impresiones por la península italiana—esto es, por uno de los teatros más espectaculares del paganismo histórico—a un puñado de apuntes y cartas íntimas de indudable sentido literario antes que de confesión profunda, siendo que esta última habría estado en mejor acuerdo con su carácter particularmente veraz. Además no es detalle sin importancia el hecho que retardara por largos años la publicación de esos apuntes, pues sólo veinticinco años, a contar de su regreso, da a la imprenta ese mosaico de notas que lleva el título de *Italienische Reise*. ¡Veinticinco años! Tiempo suficiente para que las impresiones directas de un artista se conviertan en *recuerdos*, vale decir, en poesía de la realidad...

La experiencia, que conduce a la vida orgánica en el admirable desarrollo y adaptación de todas sus formas, le enseña a este varón específicamente alerta, que no se debe rebelar al plan de sus limitadas posibilidades, pero sí engallarse en ese plan y proclamar, con el ritmo del canto y la fuerza de la acción, su maravillosa, divina pequeñez. Esta será su actitud filosófica hasta el fin de sus días. La actitud que le permite temer la zancadilla de la derrota no por derrota sino por

amarga... hasta que logra aprovechar los desengaños destilando fuera de ellos todo el sufrimiento que entrañan y dejar sólo la lección humana de su residuo de barro. En este Goethe se iguala al deleitoso pensador de Samos. «No supieron entender a Epicuro que era, como yo, un pobre perro cuando cifró el ápice de todo en la carencia de dolor», nos dice en el crepúsculo de su vida.

Panteísta y epicúrea fué también su actitud de hombre durante su viaje por Italia, ya que Spinoza y Epicuro, sin dejar de lado a Leibniz, habían sido sus maestros más señeros, en el período de su evolución intelectual, camino de la madurez. El aire de Italia, el colorido de Italia, los campos y vergeles de la península mediterránea, henchidos de olivares y viñedos, fragantes con todos los frutos de una nueva Canaán, regocijaron con frenesí de primavera los pulmones de aquel fauno en celo, acostumbrado a la pesadumbre del gris de los cielos nórdicos. La grandeza deformada de los dioses truncos, que el paganismo romano dejara en el blanco escombros de sus ruinas, o la gloriosa melancolía de los museos, iluminados por los resplandores moribundos del pretérito, hablaron con intuiciones penetrantes a este viajero que en primer término, debe considerársele un poeta renacentista por su amor a la Belleza resurrecta y a los cánones del Pasado. Pero ni esto ni aquello, sin embargo, pudieron preterir en su ánimo la jocunda llamada del canto de Eros. Los museos, las ruinas, son el acicate de su alma de artista, pero la euforia es de su animalidad potente que realiza en estatuas de carne y hueso la maravillosa inspiración que moviera el buril de los escultores paganos o el pincel inigualable de los pintores del Renacimiento. Cuando al pisar el suelo de César exclama lleno de

ilusión: «¡El sueño se hizo carne! ¡Italia es mía! ¡Ya no me importa morir!», es, en realidad, el grito del ¡*Evohé!* báquico el que estremece sus labios de supremo gozador.

### EL TALÓN DE AQUILES

No obstante, quien así se comporta en 1786, diríase que al fin de su existencia quisiera retractarse cuando pone en labios de *Fausto* esta frase terrible: «¡Renuncia! ¡Es preciso que renuncies!» Para luego gritar al final de su tragedia: «¡Oh! ¡por qué he nacido!»

¿Cómo? El diletante admirable, el epicúreo confeso ¡reniega, en la persona de *Fausto*, de ese fervor humanístico que sus contemporáneos convirtieron en la característica más nítida de su genio?

No. Todo el trabajo intelectual de Goethe aparece hoy a nuestros ojos sintetizado en la frase intensa: *Homo sum: humani nihil e me alium puto*. Como una marcha a la conquista del saber dentro de los límites amplios de sus propias inquietudes este alemán no se detiene jamás en su curiosidad de estudioso. Hombre era como Terencio y todo lo que al hombre se refería, le interesaba...

Panteísta asimilado a la escuela de Spinoza; monadólogo *sui generis* de la escuela de Leibniz, no abdica, para filosofar, de su calidad de poeta, ni titubea en poner alas de fantasía donde tales maestros se provisionan de lastre para no perderse en las nubes de una oscura divagación...

Pero ¿es que, en el plano donde ahora estamos, Goethe fué alguna vez spinocista? ¿alguna vez siguió a Leibniz paso a paso?

La respuesta sólo puede ser negativa. Goethe es demasiado personal para seguir en calidad de devoto discípulo las ideas de nadie. Cuando más, las adapta ajustándolas a su real manera de entender las cosas, no siempre clara como él debió pensar. En esa manera propia de adaptar las enseñanzas que influyen en su formación mental, está la *originalidad* de su pensamiento. Las doctrinas de los filósofos no nacen para morir en ellos, sino para formar cauces, abrir nuevos caminos, orientar los espíritus en su afán de explicarse el significado de los hechos, tarea que el *homo sapiens* impuso a la razón desde el luminoso instante en que su cerebro comienza a relacionar causas y efectos.

Leibniz y Spinoza al influir en el pensamiento de Goethe ayudan a darle puntos de referencia a sus inquietudes cognoscitivas, le sugieren caminos que el poeta aprovecha para irse a buscar los nuevos elementos que han de servirle en la ordenación arquitectónica de sus ideas; pero ni aún su estilo de pensar, de una gran solidez, rico en motivos de hondura y elegancia clásicas, se libra siempre de caer en áfona miscibilidad con la obscura pauta de los filósofos profesionales.

Sin embargo, aun desde el punto de vista de los que ven en Goethe un discípulo inmediato de Spinoza, habría mucho que discutir. El mismo Dilthey—figura entre las más autorizadas de la Filosofía Moderna, en Alemania—lo niega. «Goethe no fué un spinocista—afirma—; ni siquiera un spinocista de observancia leibniziana. Leibniz lo mismo que Spinoza, y, por lo mismo uno de los creadores en la fundación de una ciencia natural matemática constructiva que tomó parte en ella de modo más hondo y medular, se halla determinado por la tarea constructiva del pensamiento. Todo lo sometió al poder de la *ratio*, del principio de

la razón suficiente. Por el contrario, Goethe reconocía en el Universo y hasta en cada individuo algo insondable. Pero no como kantiano sino como poeta, es que nos muestra toda su evolución. Su reconocimiento de los límites del intelecto no es más que el reflejo de toda actividad vital. Meditaba sobre el mundo como poeta. Y los más cercanos a él eran Shaftesbury y Herder, porque su actitud era muy parecida a la suya» (1).

Herder, en verdad, sólo le sirve como acicate; es el hermano un poco mayor a quien se le reconoce más ciencia de la que en realidad tiene. Nunca aparece muy comprensible la exagerada devoción que Goethe le demuestra en esos años de su vehemente juventud, si no es—repito—dándole un carácter de «acicate» de sus propias lucubraciones de intuitivo y ecléctico. Como en alguna de sus glosas anota Eugenio D'Ors, el caso de Goethe es el de un espíritu de diálogo; a semejanza de Sócrates necesita siempre de un *interlocutor* que lo induzca a razonar. En este sentido deben tomarse las influencias intelectuales que gravitaron sobre él, entre ellas la de Herder a que acabo de referirme y aun, más en particular, la de Shaftesbury, anotada especialmente por Dilthey. Hago esta indicación porque el influjo de Shaftesbury en algunos escritores ingleses y alemanes del siglo XVIII no debe abonarse a sus méritos de pensador (situados hoy, por cierto, en el modesto nivel que les corresponde) sino por haber hecho familiar—«literatizado» diría con más propiedad—si se me aceptara el neologismo—la

---

(1) W. Dilthey: *Aus der Zeit der Spinozastudien Goethe's*. (Versión castellana con el título: «*De Leibnitz a Goethe*» en una edición del «Fondo de Cultura Económica», México).

pesadez doctrinaria de los propugnadores del sentido común y de la filosofía optimista, en esos momentos con cátedra en las universidades europeas. Lo mismo, en el terreno simplemente literario, puede decirse de Mc. Pherson, el «descubridor» escocés de los cantos legendarios de *Ossian*. Cuando en 1760 llegó la traducción inglesa a Weimar, precedida de la fama del extraordinario «hallazgo» (1), Goethe se sintió profundamente conmovido. En realidad—como bien se sabe—todo resultó ser una patraña, un bien urdido *pastiche* del habilidoso mistificador; pero en pie quedaba un hecho inmóvil: el sacudimiento lírico que Mc. Pherson causara en muchos espíritus de la más lata calidad europea, entre los cuales, en primer término, debe señalarse a Goethe.

En cuanto a la influencia de Leibniz voy a referirme a ella, acudiendo con un pequeño recuerdo a la memoria de los estudiosos que me escuchan.

En enero de 1813 muere en Weimar el poeta Cristóbal Martin Wieland. Goethe asiste al entierro de su fraterno amigo con el semblante ensombrecido por un velo de tristeza. El poeta de «Oberón» moría octogenario y cargado de laureles, en medio de una cohorte de admiradores que recuerda el largo lapso de sus años de irónica producción intelectual con ternura emocionada. No era razonable, sin embargo—si pudiera aplicársele lógica a los sentimientos—llevar al Voltaire de Alemania al reposo de la cripta en medio de lágrimas y anatemas al Destino, cuando él habría sido el primero en burlarse de todo eso de asistir, como

---

(1) Según Mc. Pherson, él había logrado desentrañar, durante su búsqueda entre los highlanders, la obra poemática del más grande bardo de la razón, el Homero celta del año trescientos.

ocurre en las historias de fantasmas, a su propio entierro. Pero Goethe no es de la pasta de los Wieland; y a pesar de que una sonrisa ateniense ilumina toda su obra de escritor, es y fué siempre un hombre que toma en serio la Vida; y en serio también, ¡muy en serio! sus preocupaciones de sabio... Su tristeza, pues, viene desde muy adentro.

José Daniel Falk, pedagogo y escritor satírico de discutida fama, que marcha a su lado en el cortejo, le propone el tema del *más allá*... Tomados del brazo, conversan. De pronto, rastreando en la propia raíz de sus ideas, Goethe le dice a Falk:

—«Bien sabéis que para mí las ideas que no encuentran un sólido apoyo en el mundo de nuestros sentidos, no tienen, a mis ojos, un carácter de certeza, cualquiera que sea su valor desde otros puntos de vista; porque frente a la naturaleza yo no quiero solamente suponer o creer, sino también saber... Sobre la continuidad personal de nuestra alma después de la muerte, mi experiencia me sugiere que ella no se encuentra en oposición con las observaciones realizadas durante años para estudiar nuestra constitución y la de todos los seres de la Naturaleza; muy al contrario, podría ser ella hasta una nueva fuerza probatoria... Pero, ¿qué elementos de esta personalidad merecen o no merecen subsistir después de la muerte? He aquí un problema novedoso que debemos dejar, sin embargo, a Dios solo... Por hoy me satisfago con las señalizaciones que siguen: admito que existan diferentes clases y diversos órdenes jerárquicos en los elementos primitivos de todos los seres, elementos que forman de cierta manera los puntos iniciales de todos los fenómenos de la Naturaleza, y que denominaré *ánimas*, porque lo *animan* todo; o mejor dicho todavía, *mó-*

nadas. Quiero conservar esta expresión de Leibniz, porque difícilmente podría indicarse de mejor manera la indivisibilidad unitaria del ser más simple. Ahora bien, la experiencia nos demuestra que algunas de estas mónadas (o puntos iniciales) son tan pequeñas, tan poco importantes, que en todo o en mucho aparecen condicionados para una existencia y un servicio subalternos; otras, al revés, nos dan la sensación de ser extraordinariamente poderosas y enérgicas. Estas últimas tienen la costumbre de atraer con fuerza a su órbita todo cuanto se les acerca y transformarlo en una parte integrante de ellas mismas, sean estas cuerpo humano, planta o animal, o, si ascendemos aún más alto en la escala de los seres, en una estrella. Esta fuerza atractiva es ejercida hasta el día en que, palpable a su alrededor, aparece el mundo pequeño o grande en que la idea reside en ellas en el estado de intención. Estas mónadas atractivas son las únicas que merecen verdaderamente el nombre de almas. Existen, también, mónadas de los mundos, así como existen mónadas de las hormigas, almas de las hormigas, siendo ambas en su origen primero si no idénticas, emparentadas a lo menos en su esencia. Cada Sol, cada planeta lleva en sí mismo una intención, una vocación hacia cosas más y más elevadas, que imprime regularidad a su desarrollo someténdolo, a las mismas leyes a que está sometido, v. gr., el desenvolvimiento sucesivo de un rosal que pasa de la hoja al tallo y después a la corola. Podéis, a vuestro gusto, denominar a esta fuerza idea o mónada; sobre eso no os haré objeciones. Me basta que esa invisible intención sea preexistente al desenvolvimiento visible que constatamos en su naturaleza. Es necesario que no nos dejemos inducir en error por las larvas, formas transi-

torias que toman las mónadas en el curso de su desarrollo. Siempre será la misma metamorfosis, la misma pujanza transformadora de la Naturaleza, que hace salir de la hoja una flor; del huevo una oruga; de la oruga una mariposa.

«Por lo demás, las mónadas inferiores obedecen a una mónada superior, no por gusto propio sino porque son obligadas a obedecer. Todo esto ocurre siempre de una manera extraordinariamente natural».

Esta idea de una cierta individualidad y jerarquía en el juego de las mónadas (de las almas) aparece en el razonamiento de Goethe en diferentes épocas de su vida. Conversando con Eckermann le expresa, en este sentido su convicción de que el espíritu del hombre es de naturaleza indestructible y que continúa produciendo sus efectos «de eternidad en eternidad». En la misma charla con Falk particulariza esta creencia con mucha finura. «El alma de Wieland era, por su propia esencia, un tesoro, una verdadera joya»—le dice a su amigo.

En la gotita de agua que era el espíritu de Wieland, en esa minúscula esfera individualizada, la luz reflejábese con sus más bellos tornasoles. ¿Pero esa gotita, por su propia calidad de tal, no debía fundirse en la mar?

«Jamás—contesta Goethe—en ninguna circunstancia posible, puede haber dudas respecto a que, por su naturaleza, puedan ser aniquiladas las fuerzas que animan a espíritus de una tan grande elevación. Nunca la Naturaleza ha dilapidado sus capitales al azar».

El aserto de que en la intención superior de nuestros actos, el trabajo inteligente de las mónadas directoras pueda perderse en la Nada, subleva el pensamiento

del filósofo que hay en él y lo obliga a rechazarlo en términos absolutos.

Sin embargo, el propio Leibniz califica a sus mónadas de «átomos metafísicos». ¿Y no es Goethe, precisamente, un enemigo declarado, un irreconciliable enemigo de toda metafísica?

Es que en realidad la idea leibnizeana de las mónadas ha sido modificada por Goethe en una medida muy honda. Conjugando sus diversas proposiciones se ve clara que cuando habla de almas (mónadas) se refiere a una entelequia. Por otra parte, en varias oportunidades, Goethe usa categóricamente el término antedicho. «La pertinacia de lo individual—le declara a Eckermann—y el temblor del hombre por todo aquello que no es favorable a su continuidad, es para mí una prueba que de tal cosa (el alma como entidad independiente) existe... Leibniz tuvo ideas muy parecidas sobre tales existencias particulares pero él usó el término Mónada para lo que yo designo como *Entelequia*».

Para Aristóteles—creador del término—*entelequia* es toda realidad que posee en sí misma el principio de su acción y que, por sí misma a la vez, tiende a su fin. En su teoría de «las cuatro causas»—*material, formal, eficiente o motriz y final*—que corresponden a estas cuatro preguntas: ¿Cuál es la materia de un objeto? ¿Cuál es la forma o la esencia? ¿Cuál es el motor? ¿Cuál es el fin? el Estagirita por eliminaciones sucesivas las reduce a dos, la materia y la forma, lo posible y el ser, la potencia y el acto. El acto por excelencia es el acto puro el que, en su absoluta simplicidad, se basta a sí mismo; lo denomina *energía*. Ahora bien, lo contrario de la «energía» es el acto imperfecto; esto es, aquel que partiendo de un punto en el es-

pacio, tiene que atravesar un «espacio-tiempo» intermedio antes de llegar a su fin; su condición, pues, está determinada por el cambio, por el pasar de un primer a un segundo estado, de lo que todavía no es a lo que es. A este acto imperfecto Aristóteles le ha dado dos nombres: *kinesis* y *entelequia*; refiriéndose, respectivamente, uno al movimiento que él implica; y el otro, a la finalidad a la cual tiende. De lo cual se deduce, que la entelequia se opone a la simple potencia, como la forma a la materia, como el ser a lo posible. Es ella la que en virtud de su finalidad constituye la esencia misma de las cosas e imprime movimiento a la ciega condición de la materia.

En este sentido aristotélico es que Goethe usa la palabra *mónada*, es decir, dándole el alcance del vocablo *entelequia*. Por eso su definición de alma, en su diálogo con Falk, podría ajustarse a la del Estagirita: «es la forma primera de todo cuerpo natural que posee la vida en potencia».

Hay, sin embargo, en la conversación con Eckermann que transcribí y a la cual me refiero, un *lapsus* que debe ser cargado al interlocutor y no a Goethe. Dice el memorialista haciendo hablar a Goethe:

—«Leibniz tuvo ideas muy parecidas sobre tales existencias particulares, pero él usó el término *Mónada* para lo que yo designo como *Entelequia*».

Es en este punto esencial, no obstante la afirmación anterior, donde Leibniz tiene mayores afinidades con la doctrina aristotélica, y su teoría de las *mónadas* no es otra cosa que una rehabilitación de aquélla. En las mismas palabras de Leibniz para definir lo que es una entelequia, está señalado su correlativo punto de vista: «son todas las substancias simples o *mónadas* creadas, pues tienen en sí una cierta perfección que

las hace fuentes de sus acciones internas y, por decir así, autómatas incorpóreos».

Lo que a primera vista basta para diferenciar a Goethe de ambos—de Leibniz y Aristóteles—es que aún cuando los sigue en sus metafisiqueos, se ve que él trata de oponerse con todo el vigor que puede darle lo que él llama la serena mentalidad, a «las vaguedades de la Metafísica».

Goethe—hay que insistir en ello—toma de cada uno de sus inspiradores, quienes quiera que sean, lo que le conviene, menos (cree él) la Metafísica. Nuestro Héroe, que es, en cierto modo, un diletante en grande estilo, principia por actuar como un ecléctico extraordinariamente personal. Leyéndolo con mesura, nótese en seguida una facilidad perspicaz para barajar las más encontradas ideas y doctrinas; pero, al mismo tiempo, una especie de anhelo terco de no caer en divagaciones teosóficas. «El hombre—afirma—no ha nacido para resolver los problemas del mundo pero sí para buscar donde se encuentra el problema y mantenerse en los límites de lo comprensible».

El admirador de Spinoza que hay en su espíritu adopta una actitud radical cuando bordea el problema de las «sospechas», de lo que puede ser y, *aunque no sea*, es necesario considerar latamente. El no caerá (cree él...) en la tentación... «Es arduo y peligroso tratar separadamente acerca de Dios y acerca de la naturaleza de las cosas, lo mismo que pensar separadamente sobre el cuerpo y el alma. El alma la conocemos sólo por medio del cuerpo y a Dios sólo contemplando la naturaleza. Por eso me parece una insensatez el vituperio de locura aplicado a los que, muy filosóficamente, han unido a Dios con el mundo. Pues

todo lo que es, debe pertenecer al ser de Dios, ya que Dios es lo único real y lo abarca todo».

Algunos exégetas del pensamiento goetheano han creído a firme en este horror que demuestra el Fausto redivivo, por la metafísica. Las terminantes y repetidas declaraciones del Héroe corren en su ayuda. Un hombre que hace continua profesión de fe de su panteísmo no puede ser sospechoso de escolástica...

Sin embargo, a mi entender, quienes así interpretaron a Goethe, están en un error. No hay duda que Goethe repugna de la Metafísica; no obstante cada vez que la bordea cae en ella.

Voy a considerar este aserto.

En diversas oportunidades de su vida, en conversaciones y escritos, Goethe se refiere al «más allá» en términos de tal manera irrevocables que no pueden ser deslustrados por quienes deseen estudiar su psicología con máxima honradez. En la biografía moderna estos aspectos contradictorios de una personalidad, en la medida de su interés filosófico, son los que le dan un mayor embrujo al estudio de las simas del pensamiento. Y nadie como el autor de *Las Afinidades electivas*, para confirmar el misterioso engranaje que ordena el proceso de las ideas en el cerebro del hombre y que hace del todo imposible que el «Yo» en su periferia dialéctica pueda gobernarlas a su arbitrio.

Cuenta Eckermann, que Meyer (1) acostumbraba decirle a su jefe y amigo: «¡Oh, pensar es muy difícil!» Comentando ese dicho, añadía Goethe: «Pero lo peor es que para pensar no sirve de nada el pensar».

¡No le faltaban motivos al Júpiter alemán para opinar de ese modo! Horas más tarde, sin ir más lejos

---

(1) El canciller Juan Enrique Meyer.

(la confidencia que acabo de citar es del 24 de febrero de 1824 y la que voy a referir es del día 25) le confiesa al mismo Eckermann al hacer unos comentarios sobre la *Urania*: «A donde quiera que uno fuese se tropezaba con la *Urania*; la *Urania* y la inmortalidad eran los temas de todas las conversaciones. No es que yo quisiera privarme de la dicha de creer en una vida futura; hasta hubiese podido suscribir aquella frase de Lorenzo de Médicis, según la cual todos los que esperan otra vida están ya muertos en ésta; pero asuntos tan difíciles no son a propósito para servir de tema a la conversación cotidiana. Y, además, la creencia en otra vida debe gozarse en silencio y no debe ser motivo de vanidad. Pero con ocasión de la *Urania* hice la observación de que las personas piadosas forman, al igual que los nobles, una especie de aristocracia. Me encontré con una multitud de mujeres estúpidas que se sentían orgullosas de creer, con Tiedge, en la inmortalidad y tuve que soportar que algunas me examinasen de un modo impertinente sobre este punto; pero yo las indignaba porque les decía: —*¡Me parecerá muy bien encontrarme con que, a la terminación de esta vida, empieza otra. Lo que no quisiera es encontrarme allí con gente que hubiese creído en ella. ¡Porque sería un tormento terrible! Me vería rodeado de personas piadosas que me estarían diciendo sin cesar: «¿Ve como teníamos razón? ¿No se lo habíamos predicho? ¿No ha ocurrido lo que decíamos? Y también allí seguiría el hastío.*

El tema de la inmortalidad es propio para gentes distinguidas, y sobre todo, para señoras que no tienen nada que hacer. Pero un hombre trabajador, que cree hacer algo serio aquí abajo, y que por tanto, tiene que esforzarse, obrar y luchar diariamente, deja en paz la vida futura y trata de hacer labor útil y provechosa en

ésta. Además, estos pensamientos de la inmortalidad son propios de aquellos para quienes la vida no ha sido muy pródiga en punto a felicidad, y apostaría a que si el buen Tiedge hubiese tenido mejor fortuna, no se le hubiesen ocurrido semejantes ideas»

¡He aquí al epicúreo que no desea dar su brazo a torcer! No obstante cayó y caerá en lo que él veía una trampa. Cada vez que se aventura en la sierra cortada a pique que bordea el camino del perturbador problema, Goethe nos da la sensación de que antes de llegar al fin de esta ruta especulativa se derrumbará en el abismo metafísico. Y no nos equivocamos, porque termina por dar su temido traspié; pero, en realidad, cae para volver a levantarse...

Digámoslo pronto: la inquietud por las causas desconocidas lo predispone para aceptar como existente a su alrededor un orden supranormal, que puede revelarse a veces a nuestros sentidos como un atisbo del espíritu en esa región incógnita donde el Universo guarda sus secretas causas. Hablando sobre esto, Goethe no duda de las premoniciones y aún da margen para creer que él mismo las tuvo. «Caminamos entre misterios—declara—. Estamos rodeados de una atmósfera intensa y no conocemos lo que vive en ella ni la relación que guarda con nosotros. Pero lo que es seguro es que en determinadas situaciones, los hilos sentimentales de nuestra alma pueden exceder de sus límites corporales y presentir, y hasta ver el porvenir».

La «trampa», su odiosa trampa ha cedido y el grande hombre resbala por ella suavemente. Las palabras transcritas las recoge Eckermann en su diario, el 7 de octubre de 1827. A estas alturas, Goethe tiene 78 años y la vislumbre de la Muerte, las ruedas de cuyo carro, según lo testimonia una leyenda nórdica, cru-

jen en el silencio de la noche, de seguro debe impresionar su corazón con frecuentes calofríos de invencible espanto.

En la cita que acabo de hacer, Goethe habla de «ver el porvenir», vale decir que acepta la «premonición», vocablo con que en el siglo que vivimos se designa a un cierto aviso interior o subjetivo de lo que ha de acontecer, y también, asimismo, al discutidísimo fenómeno de la llamada «lucidez adivinatoria».

Es cierto que Laplace, contemporáneo de Goethe, y sabio el menos sospechoso de superstición, había escrito ya, subordinando la inteligencia al cálculo de las probabilidades, frases que resultan un justificativo de la actitud goetheana que comento; dijo el inventor del sistema cosmogónico: «Una inteligencia que conociera todas las fuerzas que animan la naturaleza y la situación respectiva de los seres que la constituyen, si fuera además lo suficientemente vasta para someter estos datos al análisis, abarcaría en una misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo y los del átomo más ligero. *Nada sería incierto para él, y así el pasado como el porvenir distendidos se presentaría a sus ojos*».

Esto, si se conocieran las fuerzas de la Naturaleza. Porque ahora, dadas nuestras actuales posibilidades, como las limitaciones de los sentidos son tantas, apenas si nos damos cuenta de un mínimun de los fenómenos en cuya atmósfera estamos sumergidos. Para que podamos *ver* el color rojo es necesario que los nervios sensorios de la vista registren 479 millones de vibraciones por segundo; en cambio, pasadas las 38 mil vibraciones, en la misma fracción de tiempo, el oído humano dejà de oír... Por eso, para muchos, el agudísimo grito del murciélago es inaudible...

¿Dónde está la seguridad de nuestros sentidos? A fin de navegar con la imaginación en el espacio infinito el hombre ha inventado las matemáticas abstractas que sobre una base puramente sensorial (y no podría ser de otro modo) tratan de establecer relaciones en el universo fenoménico. Con un nuevo rumbo matemático en que los años luz, las longitudes y latitudes danzan entre cifras de vértigo, se busca adentrarse en la Arquitectura del Cosmos. Del deslumbramiento de tales resplandores, principian a surgir nuevas dimensiones; Einstein presupone diez... ¿Se aclaró con esto el misterio de las formas y de los entes? ¿Dejó el ser humano de ser el límite de sus propias invenciones? Diríase que todo estuviera en el mismo sitio en que lo dejara hace veinticuatro siglos el aserto de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas; de aquellas que son en tanto que ellas son, y de las que no son en tanto que ellas no son».

Como *Fausto*, la Humanidad siente el terror de morir antes de comprender el secreto de la Vida y adueñarse de las fórmulas de la omnisciencia.

¡Cuán limitada es la razón del *Homo Sapiens* ¡Un círculo—al igual que en mil otros aspectos de la vida fáustica—oscuro, denso, nos separa del conocimiento positivo del Universo; y hoy como ayer permanece vigente el dolido apóstrofa de Dubois-Raymond sobre el saber de nuestra especie: *Ignoramus, Ignorabimus*. ¡Ignoramos, ignoraremos!

Pero algo puede intentarse para romper este círculo; *Fausto* quiso hacerlo; y Goethe sigue sus pasos: «La magia natural—dice—espera por el empleo de medios activos, exceder los límites del poder ordinario de los hombres y conseguir efectos que sobrepasen la realidad. ¿Por qué desesperar del éxito de tal empresa? Los

cambios y la metamorfosis pasan delante de nosotros sin que podamos comprenderlos; lo mismo sucede con otra porción de fenómenos que descubrimos o que anotamos cada día, o que pueden preverse o conjeturarse. Piénsese en el poder de la voluntad, de la intención, del deseo, de la oración. ¡Cuánto se cruzan hasta el infinito las simpatías, las antipatías, las idiosincrasias! En todos los pueblos y en todos los tiempos encontramos un impulso general hacia la magia».

Siempre tuvo estas creencias supersticiosas en un orden esotérico, fuente infinita de poderes y profecías. Los que hayan leído alguna vez los recuerdos autobiográficos que recoge en «Poesía y Verdad» harán memoria del curioso comentario que escribe a propósito de su llegada a la vida; helo aquí para los que desconozcan esa página:

«El 28 de agosto de 1749, al mediodía, al dar el reloj las doce, vine al mundo en Francfort del Meno. La constelación era afortunada; estaba el sol en el signo de Virgo y culminaba ese día; mirábase amorosamente Júpiter y Venus; era adverso Mercurio; Saturno y Marte mostrábase indiferentes; sólo la Luna, que en seguida alcanzó su pleno, ejercía el poder de su contrafulgor, tanto más cuanto que también habíase iniciado su hora planetaria. De suerte, pues, que se oponía a mi nacimiento, que no pudo tener efecto hasta tanto que hubo pasado esa hora.

«Estos buenos auspicios que en lo sucesivo habían de encarecerme mucho los astrólogos, deben haber sido causa, desde luego, de mi conservación; pues debido a la torpeza de la comadrona, vine yo al mundo como muerto, y sólo a costa de múltiples esfuerzos pudo lograrse que viera la luz».

Estoy seguro que más de alguno de los que me oyen

querría objetarme que Goethe pudo escribir las antedichas referencias con un poco de *sense of humour*; y yo no tendría reparos que hacer a esa hipotética objeción, si el propio Goethe no hubiera vuelto en diversas épocas de su vida—y con tono (*Ce le ton qui fait la chanson*) que no puede caber dudas de la simpatía con que lo usa,—sobre este mismo asunto de la astrología y las creencias esotéricas en general.

Canta por ahí un aforismo que «hablar de amor es hacer el amor». Algo parecido puede enunciarse en este caso: el que habla de Magia es porque encuentra satisfacción en su diserto; categóricamente Goethe nos revela su reverencia por lo inefable en una de sus *Máximas y reflexiones*; dice: «La más grande felicidad del hombre pensante es tratar de conocer lo que sea cognoscible y adorar tranquilamente lo que es incognoscible».

Y por si tan claro pensamiento se prestara a dudas, sostiene en otra reflexión: «No hay prejuicio más in-noble que el que permite creer que nos puede estar permitido arrojar descrédito sobre un estudio cualquiera de la Naturaleza».

Receloso de caer, (siempre lo teme) en metafisiqueos o en sospecha de ocultismo, no habla de poseer «lucidez adivinatoria» pero no titubea en bordear hechos que en su tiempo estaban situados por la sorna volteriana fuera del alcance de la Ciencia.

Cuenta Eckermann, que un día de noviembre de 1823, aprovechando el buen tiempo, se fué por la carretera de Erfurt. Iba por ella cuando se le acerca un hombre, ya entrado en años, a quien por su aspecto lo toma por un burgués acomodado. En el camino no tardan en enredarse en una conversación, que a poco andar recae sobre Goethe. Con este propósito, Ecker-

mann le pregunta al extraño si conoce al poeta personalmente.

—¡Que si le conozco!—le contesta con orgullo. He sido su ayuda de cámara por casi veinte años.

Ante esa respuesta, Eckermann solicita del antiguo servidor que le refiera algo de la juventud de su amigo, a lo que aquél accede con gusto. Entre otras cosas le cuenta lo que vamos a oír:

—«Cierta vez Goethe tocó la campanilla a medianoche, y cuando entré en su alcoba me encontré con que había arrastrado su cama de madera, que estaba al extremo de su habitación, hasta la ventana, y observaba, acostado, el firmamento.

—«¿No has notado nada en el cielo?—me preguntó.

«Y como le contestase negativamente, me dijo:

—«Pues vete al cuerpo de guardia (1) y pregúntale al centinela si no ha visto algo.

«Me fuí allá; el centinela nada había visto, y así se lo notifiqué a mi señor, que seguía acostado y contemplando el cielo.

—«Oye—me informó. Pasamos por un momento importante; pues se está produciendo un terremoto o se va a producir.

«Tuve que sentarme en su cama y oírle los motivos que tenía para tal suposición.

«El tiempo estaba muy nublado; no había el menor viento y la atmósfera sofocaba».

Intrigado Eckermann, con el carácter de este anuncio, le pregunta al antiguo *valet*:

—«¿Y usted creyó sin más ni más, en la afirmación de Goethe?

---

(1) Goethe en esta época era Ministro del Gran Duque Carlos Augusto.

—«Sí—le respondió el hombre; le creí sin más, pues en todo lo que predecía acertaba siempre. Al día siguiente cuando el señor refería sus observaciones en la corte, una señora le dijo al oído a su vecina: «¡Mira como fantasea Goethe!» Pero el Gran Duque y los demás señores le creyeron, y, efectivamente, pronto se demostró que había acertado, pues al cabo de algunas semanas se supo la noticia de que en la misma noche un terremoto había destruído una parte de la ciudad de Mesina».

(Continuará).